

# ESTRATEGIA Y GUERRA DE POSICIÓN EN LA EDAD MEDIA. EL EJEMPLO DE LA FRONTERA OCCIDENTAL DE GRANADA [C. 1275-C. 1481]\*

---

MANUEL ROJAS  
Universidad de Extremadura

I. Durante buena parte del Medievo, las fortificaciones dominaron la práctica de la guerra. La intensa labra y siembra de fortalezas como muestra arquitectónica de las realidades socio-económicas, políticas e ideológicas de la época, más la tendencia instintiva y sincrónica a encastillar cualquier construcción capaz de acoger trazas de vida doméstica o cumplir funciones de carácter económico, de culto o de signo simbólico, terminó por provocar en los siglos medievales el nacimiento de auténticos territorios castrales que marcaron profundamente las directrices de cómo se combatía, pues los propugnáculos y las guarniciones que se parapetaban tras sus muros eran los medios más adecuados que ofrecían esos días para controlar el espacio propio y conminar, a su vez, la tierra rival. La incursión de una hueste enemiga contra áreas de un país inducía a que se forjara, de inmediato, una reacción de signo obsidional en el agredido y, también, era capaz de ocasionar, con más o menos intensidad, efectos depredadores sobre las infraestructuras, los recursos agropecuarios y los hombres que allí había. Pero si la finalidad estratégica que perseguía el atacante era anexionarse el sector sobre el que realizaba su acometida, entonces tenía la obligación de pararse e intentar conquistar los enclaves fuertes que tachonaban el paisaje; si no lo hacía así, una vez que se hubiera retirado se suspendía al instante la autoridad transitoria que había conseguido alcanzar durante el lapso de su presencia armada.

---

\* A la memoria de José Luis Pereira Iglesias, excelente historiador, mejor amigo.

Estas circunstancias determinaron, *grosso modo*, la tétrada de características que fue adquiriendo el ejercicio de la guerra en la Edad Media. En primer lugar, dado que no era frecuente que uno de los bandos tuviera la fuerza militar suficiente y la posibilidad de mantener abiertas de modo ilimitado las beligerancias hasta derrotar por completo a su adversario, de sostener la opción bélica de desplegar un conjunto integrado de operaciones que se tradujeran en un concepto castrense cercano a lo que hoy denominamos como la «guerra total», las partes en conflicto no tenían otra elección que decantarse por estrategias de desgaste del enemigo; una alternativa que, por supuesto, también significaba procurar fracturar las solidaridades feudales o apoyar a una de las parcialidades aristocráticas enfrentadas que pudieran existir dentro del campo contrario. Si se tiene en cuenta esta circunstancia es cuando comienzan a adquirir sentido muchas de las treguas, suspensiones transitorias de hostilidades, alianzas circunstanciales y suscripción de tratados de conveniencia a nivel general o local que se efectuaron entre poderes de ambos lados de la frontera granadina o, en su caso, los intentos de ruptura de esos lazos de unión dentro de la facción antagonica. La idea matriz que se pretendía con esta labor de erosión era conseguir agrietar las sujeciones internas que aglutinaban al rival y de las que éste extraía su energía militar básica. Si se lograba esa meta, entonces se podía conseguir la inhibición de efectivos del enemigo en el teatro de la lucha o, hasta en el mejor de los casos, atraer hacia la postura propia parte de sus fuerzas a fin de romper engorrosos estados de *impasse* y de *statu quo* en los frentes de guerra. Este conjunto de objetivos, que tenían unas claras finalidades estratégicas que, desde luego, podían revertir en episodios tácticos concretos, abrían de esa manera un cauce para que se dieran situaciones de amenazas bélicas potenciales, demostraciones de vigor militar y de preparación de recursos para que, cuando llegase el momento adecuado, se pudiesen emprender ofensivas en una posición de ventaja o, en su defecto, se gestionaran mayores reparos de carácter defensivo.

En segundo lugar, y también con vistas a debilitar al enemigo en una época en donde la práctica totalidad de las actividades económicas estaban de algún modo relacionadas con el sector agropecuario, cuando se delineó la frontera de Granada ya era más que antiguo el empleo de estrategias de aproximación indirecta. Estas consistían en operaciones agresivas bastante estimulantes para los mesnaderos gracias a la adquisición de botines y despojos pero que, de manera simultánea, eran igualmente provechosas para las grandes directrices castrenses que perseguían las cúpulas de mando. La combinación de ambos factores —el particular y el general, si se puede denominar así—, impulsaron una y otra vez una serie de tácticas de depredación sistemáticas que las fuentes designan con un amplio abanico de términos —cabalgadas, incursiones, entradas, algaradas...— que tenían como objetivo inmediato la esquilma de la tierra rival pero que, al tiempo, perseguían crear a medio y largo plazo síntomas patentes de agotamiento económico del adversario, su desfallecimiento psicológico y hasta la germinación de desavenencias políticas internas entre los coaligados, aparte

de trastornos y malestar en súbditos y vasallos con el sujeto individual, institucional o ideológico que concentraba en su persona el poder establecido, quien podía recibir las acusaciones de no saber impedir o no poder evitar tales correrías. En tercer lugar, la toma o recuperación de puntos fuertes, bien mediante sorpresas y escalos deliberados, bien mediante asedios y bloqueos en toda regla si la plaza que se pretendía expugnar ponía de manifiesto, tras tantearla, que poseía un sólido nivel de resistencia o, por el contrario, la lucha denodada por sostener los enclaves propios frente a los ataques del rival.

Por último, y a pesar de tanta literatura histórica dedicada a esta cuestión y a la sobrevaloración de estos hechos de armas, en la Edad Media lo corriente era que hubiera una escasa inclinación por provocar de forma deliberada batallas campales salvo que coincidieran una serie de requisitos muy señalados. La causa principal para que ello fuera así es fácil de deducir: si se salía derrotado, tales episodios gestaban la probabilidad palpable de verse expuesto a perder en una única y corta jornada los lentos y laboriosos esfuerzos políticos, económicos, diplomáticos y bélicos realizados, en ocasiones, durante años en un espacio disputado, mientras que si se ganaba no era raro que se obtuviesen pobres ventajas de índole estratégica. De hecho, y sin abandonar el marco geo-político y cronológico al que dedico estas páginas, si emprendo un somero repaso a cuáles fueron los motivos que provocaron grandes y medianos choques de fuerzas en campo raso que pueden rotularse como lides y no como refriegas, enseguida se puede comprobar que aquellas fueron ocasionadas por alguna de las tres variantes estratégicas y tácticas que ya he mencionado y no por la búsqueda intencionada de un combate directo. De esta forma, y de acuerdo con el mismo orden que he dispuesto, la romanceada derrota musulmana de La Higuera en 1431 ante las puertas de la misma capital del Darro, pudo otorgar un notable brillo militar a Juan II y al condestable don Álvaro de Luna pero, en realidad, no tuvo otro fruto estratégico que presionar con dureza a las esferas de poder del emirato con la finalidad de agitar los enfrentamientos que había entre los dos bandos aristocráticos que porfiaban por el trono de La Alhambra desde el golpe de estado de 1419, al tiempo que se azuzaba el descontento de los granadinos y se conseguía derrocar a Muḥammad IX *el Zurdo* y sustituirlo por el que, a la postre, fue el fugaz sultán títere pro-castellano Yūsuf IV ibn al-Mawl. Por su parte, las sangrientas rotas cristianas que sufrieron el adelantado mayor de la frontera don Nuño González de Lara en 1275 y los infantes-regentes don Juan y don Pedro a los pies de Sierra Elvira en 1319, y que les costó la vida a los tres, fueron resultado directo de acciones de carácter depredatorio. El descalabro de 1275 fue consecuencia de intentar entumecer los hasta entonces devastadores efectos de la primera intervención que realizaban los benimerines en suelo peninsular. El triunfo musulmán de 1319, el éxito más destacado de este tipo de toda la historia del reino nazarí, fue producto de la falta de oposición que halló una fuerte cabalgada que, partiendo de Jaén, y tras ocupar Tíscar y correr con sumo provecho los alrededores de

las villas de Alcalá de Benzayde, Moclín e Yllora, terminó por desembocar en la Vega de Granada donde, desde luego, no se esperaba que el «jefe de los voluntarios de la fe», el marroquí Utmān b. Abī l-'Ulā, presentara batalla y, además, con tan sonora victoria. En fin, si nos paramos a mirar *sensu escrito* los severos reveses musulimes de Guadalteba en 1330, El Salado en 1340, Río Palmones en 1343 y Boca del Asna en 1410, de inmediato se puede comprobar que esos lances de armas fueron inducidos por la intervención de huestes de socorro que aspiraban a levantar las operaciones de asedio que estaban soportando plazas importantes: Teba, Tarifa, Algeciras y Antequera. Debido a esto adquiere completo sentido la máxima que establece el profesor Michael Prestwich: «Sieges dominated medieval warfare in a way that battles never did (...). The purpose of war was not to achieve victory by fighting battles. Rivals might be brought to terms by other means. The destruction of enemy territory by fire and sword could be, and often was, achieved without fighting a major battle. Land could be won by besieging towns and castles»<sup>1</sup>.

De todos modos, y quizás para dejar aún más claro si cabe el por qué las fortalezas eran los elementos primordiales sobre los que, de una u otra forma, pivotaban las acciones bélicas de este período, debe tenerse en cuenta también que los desarrollos de las hostilidades estaban espesamente condicionados por una serie de circunstancias que siempre han sido inherentes a cualquier guerra de posición; es decir, aquellos conflictos en los que las disposiciones de carácter defensivo son bastante superiores a los medios ofensivos disponibles. De hecho, y en buena medida, al cariz que adquirieron muchas de las largas fases de beligerancias que tuvieron lugar durante la Edad Media le son perfectamente extrapolables el comentario escrito por A. J. P. Taylor acerca de lo que sucedió cuando estalló la Primera Guerra Mundial, la contienda que siempre ha sido considerada como la guerra de posición por antonomasia: «Los frentes quedaron congelados, se solidificaron. Los generales de ambos bandos quedaron mirando esos frentes con impotencia, incapaces de comprender»<sup>2</sup>. La única pero importante diferencia de lo que señala Taylor sobre la Gran Guerra y de lo que ocurría en el Medievo era que en estos siglos los mandos sí que sabían lo que había que hacer y procuraban, por consiguiente, sacar el máximo partido a los recursos que podían tener para alcanzar los objetivos que perseguían. Así, junto con campañas más o menos cortas veteadas por intervalos de tregua o, en su caso, atenuación de acciones gruesas, se simultaneaban

---

<sup>1</sup> *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience*, New Haven y Londres, 1996, págs. 281 y 305. Aprovecho esta primera nota para indicar que puede consultarse un mapa de las posiciones citadas en el presente texto en A. B. PANIAGUA LOURTAU: «Transformaciones geo-políticas en la frontera de Granada a través de su proyección cartográfica (1246-1481)», trabajo incluido en las Actas de este mismo Congreso.

<sup>2</sup> *The First World War*, Harmondsworth, 1966, cit. por N. F. DIXON: *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, Barcelona, 1977, pág. 103.

escaramuceos de baja y mediana intensidad con vistas a mantener en jaque al enemigo, multiplicándose por estímulo las incursiones en territorio enemigo y el hostigamiento constante a través de las franjas fronterizas donde contactaban los adversarios, violencias ubicuas que nunca se detenían por muchos tratados que se firmaran entre los poderes centrales o locales y que las fuentes designan como «guerra guerreada»: menudeo de depredaciones recíprocas con sus secuelas de daños y cotidianidades ominosas junto a conquistas y retomas de pequeños reductos de primera línea. Por traer aquí algunos ejemplos de lo que indico, esta directriz estratégica que cristalizaba en tácticas de neto desgaste a base de breves pero nerviosas y reiteradas expediciones bélicas de esquilmación fue utilizada por los benimerines durante el llamado «decenio trágico» de 1275-1285 o por los castellanos entre 1431 y 1439 y, luego, durante los primeros años del reinado de Enrique IV, dos etapas de guerra abierta caracterizadas por operaciones repetitivas de tala que llevaron al emirato al borde del colapso.

No obstante, y aunque las hoscas campañas de cabalgadas pudieran ser considerablemente efectivas, no hay que sobredimensionar su auténtica eficacia para acabar por sí mismas con un enemigo militarmente inferior pero, a cambio, agujijoneado por la tenacidad de luchar de espaldas a la mar y favorecido por una geografía difícil, un factor que siempre ha sido importante en la guerra pero que en el universo bélico medieval tenía un protagonismo singular. Normalmente, el hecho de que los reparos defensivos tuvieran una obvia superioridad sobre las eficacias del ataque, el hecho incontestable de que la presencia de las fortalezas condicionaran cómo era la práctica castrense y de que «the castle was the key to the land and warfare in the feudal age was largely about landholding»<sup>3</sup>, tal como indica cargado de razón John France, tenía una serie de consecuencias inevitables pero, de modo especial, una muy directa. Me refiero ahora a la circunstancia de que conquistar unos objetivos castrales determinados y, de paso, adquirir las parcelas territoriales que dominaban esas fortificaciones nunca fue una tarea fácil y, por lo tanto, podía convertirse en un esfuerzo militar que cabía que se dilatara durante años o incluso decenios, hasta el punto de que el líder militar que diseñaba originalmente la formulación de la estrategia que había que seguir y comenzaba las primeras operaciones a veces terminaba por fallecer antes de que la perseverancia táctica diera sus frutos.

En realidad, y pese a que los propios contemporáneos de los sucesos y la historiografía posterior tienda a tratar de forma diferenciada los episodios militares porque era frecuente que hubiera fases prolongadas de tregua oficial o de inactividad bélica de gran estilo o, también, porque al cobijo de las fuentes seguimos siendo propensos a diseccionar la marea de los acontecimientos en reinados, sería un error leer los períodos de hostilidades abiertas como una cadena de conflictos diferentes, con sus co-

<sup>3</sup> *Victory in the East. A Military History of the First Crusade*, Cambridge, 1994, pág. 41.

rrespondientes comienzos y sus precedentes finales, cuando la verdad es que esas operaciones eran episodios pertenecientes a una misma y única contienda, una guerra que puede denominarse «a fragmentos» pero que, por una serie de motivos que trataré de exponer a continuación, no se tenía la capacidad de mantener abierta continuamente hasta la definitiva derrota del enemigo; es decir, hasta la ocupación territorial del país vencido.

En efecto, no sólo a lo largo del Medievo sino también durante buena parte de la Modernidad, hubo tres problemas de fondo que agarraron el que las huestes y, luego, los ejércitos pudieran permanecer plenamente activos y durante amplios intervalos de tiempo en un teatro de operaciones concreto realizando labores de carácter agresivo. El primero estaba netamente relacionado con la natural falta de versatilidad que tenían las estructuras económicas de la época, y consistía en la usual insuficiencia crónica de fondos para sostener de modo indefinido las hostilidades. Este estado de cosas se traducía en grandes deficiencias para poder contar con un aparato logístico adecuado a fin de mantener en combate o en disposición de hacerlo y durante períodos largos a un alto número de hombres, caballerías y el material de guerra que fuera necesario, condiciones que, aún hoy, siguen limitando la capacidad de acción de cualquier fuerza militar, cuanto más en unos siglos que tenían unas infraestructuras acordes con unos patrones económicos preindustriales. El segundo consistía en las restricciones impuestas por la técnica y la ciencia en un sentido estricto, lo que significaba, valgan los ejemplos, toscas vías de comunicación y flaqueza de los medios de transporte y acarreo; la casi ausencia de información precisa de signo cartográfico, únicamente suplida a veces por el paisanaje local o por tráfugas y lenguas que conocían bien el terreno donde se pensaba desarrollar la ofensiva; la enorme influencia de las condiciones climatológicas y estacionales sobre la diligencia castrense; las mediocridades higiénicas y sanitarias para prevenir e impedir la fácil propagación de enfermedades y sanar a heridos y lesionados; la irregular calidad de los materiales con que se forjaban las armas y las dificultades mecánicas, la escasa cadencia de tiro, falta de potencia e imprecisión de la tormentaria y, luego, de la pirobalística... Finalmente, las frecuentes escisiones, desnaturalizaciones, sediciones o rebeliones en el seno de los poderes enfrentados, una incómoda situación que lógicamente repercutía sobre la cantidad y calidad de las fuerzas que se podían levantar para una campaña, distraía gente que se veía obligada a intervenir en otros frentes que urgía solucionar o, incluso, podía llegar a parar o retardar el inicio y prosecución de ofensivas y de acciones castrenses en general.

Por consiguiente, lo más normal en los tiempos medievales, y más allá, era que la absoluta derrota del enemigo, y no me estoy refiriendo a victorias parciales por muy rotundas que fueran, sino a la radical conquista de las posesiones del adversario o su aniquilación como un poder efectivo, sólo pudiera conseguirse mediante una neta reiteración combativa hasta que uno de los contrarios acababa cediendo a causa de la progresiva debilidad que iban teniendo sus recursos o porque, simplemente, no era

capaz de neutralizar la puesta en ejecución de un planteamiento estratégico arrollador, una pauta táctica tan novedosa que aún se tardara un tiempo en digerir y hallar una réplica adecuada o la introducción de una técnica armamentística o poliorcética innovadora pero tan costosa o especializada que uno de los rivales no tuviera las disponibilidades económicas suficientes para mantener el ritmo que demandaba la correspondiente «carrera de armamentos».

Para apoyar lo que comento, de nuevo vuelvo mi mirada a la linde de Granada y como confirmación puedo poner un caso concreto y otro de carácter general. Respecto al primero, si se examina el teatro operativo donde de verdad se jugó el destino de la «Batalla del Estrecho», se puede comprobar que la auténtica pretensión de los monarcas castellanos que se volcaron por dominar ese marco geo-político desde que hicieron su entrada en escena los benimerines fue la conquista de la ciudad y el puerto de Algeciras. Desde el punto de vista de los esfuerzos expugnatorios cristianos, entre 1275 y 1344 ninguno de los cuatro reyes que rigieron los destinos de Castilla en esos años dejó de intentar conquistar esa plaza. Así, en 1279 Alfonso X fracasó ante sus muros; en 1294 Sancho IV ya tenía proyectado su asedio, que previamente había tenido que trocar por la toma de Tarifa como paso previo a sus pretensiones sobre la urbe algecireña, cuando enfermó del mal que le llevó a la tumba; entre finales de 1309 y comienzos de 1310 Fernando IV la cercó pero sin entrarla; por fin, y tras un trabajado y costoso sitio que se alargó de 1342 a 1344, Alfonso XI consiguió ocupar «las Algeciras». En suma, casi tres cuartos de siglo para hacerse con la principal base de operaciones que tuvieron los norteafricanos en la orilla norte del Estrecho<sup>4</sup>.

Si hago una apreciación de carácter global, puede que esta cuestión quede aún más clara si cabe. Efectivamente, aunque desde que se constituyó como el vestigio se ruendo del poder musulmán en la Península siempre fue palmario que el emirato nazarí estuvo en franca inferioridad militar con respecto a Castilla debido a que poseía muchos menos recursos económicos y humanos y que, salvo en contadas ocasiones, sus actividades bélicas hay que entenderlas como acciones de corte defensivo —lo que incluiría sus peticiones de ayuda al arisco. *mazjan* y la consiguiente creación de una mudable zona de influencia norteafricana en el cono sur andaluz—, la presión concadenada del conjunto de factores que he venido citando hasta ahora provocó que los castellanos tardasen más de dos siglos en erosionar la capacidad de resistencia de Granada y que, aunque era un país en estado terminal y con serios problemas estructurales internos, necesitaran prácticamente una década de ofensivas sistemáticas luchadas en clara superioridad en todos los órdenes para darle el golpe de gracia y conquistar definitivamente su territorio a fines del siglo XV. Sin tener en cuenta los

<sup>4</sup> Gibraltar fue otro caso semejante, aunque más complicado desde el punto de vista de sus conquistas y reconquistas; véase, F. J. UTRILLA HERNANGÓMEZ: «Gibraltar bajo asedio (1309-1462)» en *Fortificaciones en el entorno del bajo Guadalquivir*, Alcalá de Guadaíra, 2002, págs. 299-306.

múltiples motivos internos y exteriores de diverso tipo que también hicieron que Castilla abandonara periódicamente su empuje bélico contra el reino granadino, vale recordar que la incuestionable superioridad castellana para intentar acabar con el vidrioso problema andalusí se manifestó de maneras muy diversas: estableciendo unas relaciones de neto signo feudo-vasallático con el emirato y reactivando esta vinculación de subordinación cada vez que tuvo la más mínima posibilidad, ya fuera mediante tratados que obligaban a los musulimes a prestar *auxilium y consilium*, ya fuera mediante una sangrante estrategia de exacciones puesta de manifiesto en la entrega regular de parias, cautivos, control comercial, reglamentación de las instituciones fronterizas...; proclamando la guerra justa y la cruzada o fomentando una imagen negativa del moro y su «civilización» como enemigo secular por excelencia, lo que tuvo favorables consecuencias que abarcaron desde las económicas hasta las de índole ideológico; desestabilizando la vida política granadina mediante la intromisión en las disputas por el trono de La Alhambra entre pretendientes distintos y tomando postura por uno de ellos y, en especial, desde el golpe de estado de 1419, apoyando a uno u otro de los partidos aristocráticos que se gestaron y ayudando a candidatos al sultanato que, por deuda, no tenían otra opción que ser castellanófilos; fomentando a lo largo de la raya fronteriza el brote de violencias de baja intensidad, escaramuceos difusos que hicieran la cotidianidad difícil y que fueran debilitando lentamente pero sin pausa las aptitudes defensivas de los musulmanes; realizando, en fin, grandes campañas directas de expugnación y depredación que le fueran arrebatando porciones de su solar al emirato gracias a la adquisición de puntos fuertes que a su vez sirvieran, por reutilización, de nuevos centros de operaciones para hacer la guerra. Pues bien, aunque el destino y la propia existencia de Granada debieron plegarse una y otra vez a la disposición de Castilla y sólo en contadas ocasiones tuvo la facultad de hacer una política totalmente autónoma respecto a aquella —lo que significó en el caso de sus alianzas con Fez pagar un alto y enojoso precio—, tuvo el poder de aguantar una contienda de posición durante largo tiempo.

II. Las violencias a pequeña escala realizadas por microgrupos de almogavarías o por mesnadas fronterizas y los golpes de mano ejecutados contra modestos castillos y villas semidespobladas avanzadas únicamente dañaban y fatigaban la epidermis de la linde y, debido a ello, tenían unas repercusiones a nivel local y comarcal. Sin embargo, si la escala de las acciones adquirían un acerado grado de intensidad y se ponían en marcha operaciones de gran estilo, entonces esas gruesas maniobras de fuerza afectaban a un marco espacial bastante más dilatado. Así, por ejemplo, cuando por muchas precauciones defensivas que se tomaran tenía lugar una enérgica y resuelta incursión esquilmatoria integrada por una fuerte cantidad de efectivos, esta normalmente no se detenía a saquear y devastar el borde de la raya, sino que tendía a profundizar todo lo que pudiese en territorio enemigo. Tales entradas sólo se terminaban cuando se agotaba su impulso por cansancio de los jinetes, monturas y peonajes, cuando se



consumía la munición de boca que portaban los cabalgadores, porque la incursión se había alejado demasiado de las bases de partida, porque se juzgaba que se habían conseguido cantidades de botín y porcentajes de destrucción suficientes o, simplemente, se producía una reacción activa en el atacado, un apellido con el propósito de repeler la entrada, momento en el que, intentando eludir el combate para no poner en peligro los despojos obtenidos, los corredores se retiraban en busca de posiciones amigas antes de que se les viniese encima el alcance.

Las raíces estratégicas y tácticas de las que brotaba ese procedimiento ofensivo que, desde sus primeros pasos organizativos, tenía como aspiración no remansarse en las zonas más externas de la frontera, también era la que empujaba a que, cuando se reunían una serie de circunstancias favorables, se abriera la posibilidad de dar el paso más importante que podía adquirir la práctica de la guerra en la Edad Media: poner bajo asedio a una gran plaza enemiga, dándose así la probabilidad de que, si se ocupaba ese núcleo fortificado, se produjera un avance territorial notorio. Si un comandante, tras sopesar los medios de que disponía, llegaba a la conclusión de que tenía la oportunidad de volcar sus esfuerzos directos en una campaña expugnatoria y decidía que lo más adecuado era concentrar sus recursos en la conquista de un punto fuerte del adversario verdaderamente valioso debido a su rango-tamaño, entonces, invariablemente, necesitaba que, para el sostén logístico que demandaba el futuro cerco, se pusieran en juego y se empeñasen muchos de los resortes humanos y económicos que pudieran aportar las áreas situadas más a retaguardia para, de ese modo, efectuar y mantener la acción el tiempo que fuera indispensable para doblegar la resistencia de la ciudad o villa que se quería tomar. Esto que apunto no es nada difícil de constatar a través de los fondos documentales éditos e inéditos pero, con la intención de ser lo menos prolijo posible, me voy a remitir a un rico texto de la crónica de Alvar García de Santa María que glosa la perseverancia demostrada por los andaluces durante el asedio de Antequera en 1410, fragmento cronístico que ilustra sobradamente lo que digo:

«Pocos ovo en la frontera que no pusiesen las manos en esta guerra (...). E por ende, magüer que los del Andaluzía pechauan pedidos e monedas así como los otros del reino, yvan todos a esta guerra, que no se escusaua ninguno; sino los jurados de Córdoba e de Seuilla, que por sus preuilegios heran francos. E avn con todo esto, quando fueron los pendones de estas çiudades, diziendo que venía el rey de Granada a la pelea con el Infante (...), ay vinieron todos los jurados destas çiudades, de su voluntad, los que heran para pelear. Que no quedaron sino los viejos e los que ovo en ellos poco esfuerço, que no quisieron yr.

E los que ende vinieron, el Infante les mandó fazer merçed, mandándoles dar sueldo para ellos e para la gente que cada vno traxo. E tantos trabajos pasaron los destas çiudades, que avían a fazer llevar viandas al real, e mantenimientos, e pinos, e maderos, e cáñamo, e todas las otras cosas que fazían menester para el real. E los viejos que quedauan en la çiudad, demás de los pechos que pagauan, pechauan la lieua de las bestias que llebauan al real estos mantenimientos; e cueros para encorar las vastidas, e toneles,

e tapiales, e açadones, e palas. E en lleuar el pan del Rey, que les hera mucho mayor pecho que lo que les venía en el pecho de la guerra. E en lleuar escudos que les fueron tomados por las casas, e los escudos del Rey.

E pasaron asaz costa e trauajo; que feneçida aquesta entrada de que se tomó Antequera, quedaron allá muchos dellos muertos, e vinieron muchos feridos. E los que quedaron, quedaron muchos menesterosos en las faziendas. E por ende, como quier que todos los del reino trabajaron mucho, pero sintiéronlo los que de allá vinieron a la guerra, e no los que quedaron. E los del Andalucía sitiéronlo todos, así los que fueron a la guerra como los que quedaron, por estar çerca e ser forçados de seruir más que los que estauan lexos»<sup>5</sup>.

El sector occidental de la frontera que abarcaba desde, por el flanco norte, las comarcas del surco intrabético donde se enclavaban las sólidas posiciones de Antequera y Ronda hasta, por el sur, las riberas próximas al río Guadalete y lo que en la actualidad se denomina el Campo de Gibraltar, estaba tutelado, además de por varias plazas grandes, por un apretado pero invertebrado rosario de fortificaciones secundarias y menores de categoría muy diversa. A pesar de que se extendía, zigzagueante, tan sólo a lo largo de poco más de un par de centenares de kilómetros, esta franja fue la verdadera protagonista de la mayoría de las grandes acciones de asedio que tuvieron lugar entre 1275 y 1481 debido a un trío de causas fundamentales. La primera, porque los castellanos contaban con ciudades de la importancia de Sevilla y Córdoba, más otras urbes notables como Jerez, Carmona y Écija, para apoyar, como centros de retaguardia, sus operaciones ofensivas. La segunda, porque Castilla se vio obligada a enzarzarse, estratégica y tácticamente, en una dura guerra de posición y agotamiento por el control de la orilla peninsular del Estrecho para, paulatinamente, consolidar su presencia tras el fracaso de la política mudéjar de Alfonso X y su cruzada africana, cortar las sucesivas y correosas intervenciones benimerines en Andalucía –en principio, una especie de «efecto rebote» producido, en buena medida, por la amenaza sentida en Fez por el desembarco cristiano en la fachada atlántica marroquí– y dominar ese paso que separaba África de Europa, que comunicaba el Mediterráneo con el Atlántico, y que, desde el punto de vista de los circuitos del comercio, se había convertido en un área fundamental para todas las potencias con abiertos intereses en la zona. La tercera, porque una vez que se superaron los traumáticos decenios de lucha por imponerse en el extremo sur de la Península y el posterior intervalo que significó la llegada al trono y la consolidación de la dinastía Trastámara, los castellanos tenían a su alcance en la linde sevillano-xericiense enclaves musulmanes que, desde la perspectiva de poder emprender y sostener acciones de sitio, eran objetivos más asequibles por su emplazamiento espacial y que, si eran conquistados, frenarían mucho las entradas depredatorias granadinas sobre las campiñas sudestes del valle del Guadalquivir y de la región del Guadalete, una situación que permitía ir así alejando el frente fronterizo y hacer menos

---

<sup>5</sup> *Crónica de Juan II*, ed. de J. de M. Carriazo, Madrid, 1982, cap. 186, págs. 394-395.

repulsivo el territorio al establecimiento humano y a las consiguientes tareas de explotación agropecuaria y, a su vez, daba pie a la probabilidad de que esos puntos fuertes se trocaran en centros operativos para agredir los distritos occidentales del reino nazarí que constituían, aparte de la Vega de Granada y de algunos otros ámbitos concretos, el pulmón económico del país musulme durante el siglo XV.

Por su parte, y de acuerdo con el ritmo que fue adquiriendo la densa trama de los acontecimientos, el tiempo largo que abordo en estas páginas es posible dividirlo en dos etapas distintas, sirviéndome también la fecha que las separa de momento gozne para diferenciar las directrices estratégicas, la magnitud de la guerra de posición que dictaminó las operaciones y el calibre de las acciones expugnatorias, además de algunas cuestiones importantes referentes al campo de la tecnología de asedio. La primera fase, de 1275 a 1350, constituyeron las décadas de la llamada «Batalla del Estrecho», la compleja lucha que se sostuvo por el control de las plazas situadas en la ribera andaluza de ese paso entre continentes y mares, áspera riña que giró, principalmente, en torno a la conquista y defensa de los enclaves emplazados en las estribaciones occidentales de la serranía de Ronda y, sobre todo, de Tarifa, Algeciras y Gibraltar, tres puertos claves que los granadinos, ante la creciente presión ejercida por Castilla, no tuvieron otra opción que ceder periódicamente a los benimerines para que, con sus agresivas intervenciones, «aquende la mar», trataran de contener las orientaciones expansivas cristianas. El duro planteamiento estratégico de Castilla durante esos tres cuartos de siglo, entrecruzados de continuas treguas de circunstancia entre los adversarios y de tratados de alianza oportunistas entre las partes en conflicto, fue la toma y amparo de ese trío de puntos fuertes más una serie de reductos secundarios, entre los que destacaron Olvera y Teba, para así ir progresivamente entorpeciendo y estrangulando la operatividad musulmana, siempre la vista puesta en terminar por anular por completo su peligrosa explotación por parte de los magrebíes como lugares de desembarco y bases logísticas, al mismo tiempo que, de camino, se buscaba aislar a Granada de futuros y posibles apoyos transfretanos<sup>6</sup>.

La segunda fase, que comprendió desde 1350 hasta 1481, es decir, desde la definitiva victoria cristiana en la pugna por el dominio de la fachada norte del Estrecho y la paulatina desaparición de una auténtica amenaza norteafricana debido, en especial, a la profunda crisis en la que se sumergió el estado marroquí, hasta justo los inicios de la Guerra de Granada, la contienda que significó la completa conquista del país nazarí en 1492, se caracterizó por el hecho cardinal de una lenta pero paulatina agonía del emirato, ya solo ante Castilla. Desde luego, ese aislamiento del reino andalusí con respecto a sus aliados islámicos reales y potenciales tuvo muchas y serias consecuencias pero, desde el punto de vista bélico, se tradujo en una crónica y defi-

---

<sup>6</sup> Véase, M. ROJAS: «De la estrategia en la “Batalla del Estrecho” durante la primera mitad del siglo XIV [c. 1292-1350]» en *El siglo XIV: el alba de una nueva era*, Soria, 2001, págs. 223-269.

nitiva inferioridad castrense con relación a la Corona castellana. El resultado directo fue que, por mucho ruido que hicieran las fuentes cristianas cuando se producía un revés en la frontera, Granada ya nunca tuvo la más mínima probabilidad de organizar y emprender operaciones ofensivas de suficiente envergadura como para amenazar realmente las comarcas andaluzas y murcianas que se hallaban a retaguardia de la raya, quedando su capacidad militar ceñida, e incluso así con no pocas dificultades, a defenderse de las campañas perpetradas por Castilla durante los períodos de guerra abierta que salpicaron esos años espinosos o, en el mejor de los casos, a intentar tomar o recuperar castillos y villas menores en la franja y a realizar cabalgadas más o menos efectivas tanto en un contexto de «guerra guerrada» como de hostilidades declaradas.

III. Si como apuntaba antes, las disposiciones defensivas tenían unas evidentes ventajas sobre los medios agresivos, tal cosa no significaba, obviamente, que en muchas ocasiones no se consiguiera forzar y conquistar puntos fuertes del enemigo porque, de lo contrario, habría sido extremadamente difícil que, por la fuerza única de las armas, hubieran tenido lugar avances o retrocesos territoriales en los frentes de guerra y, como es de sobra sabido, esos progresos y recortes de las áreas disputadas en los teatros de operaciones nunca dejaron de producirse, aunque fuera de acuerdo con una cadencia arrítmica inducida por esos problemas básicos que ya he tenido la ocasión de mencionar sucintamente. Así, por ejemplo, a pesar de que no se puede poner en duda el hecho de que las expediciones benimerines que se sucedieron durante el decenio comprendido entre 1275 y 1285 fueron extraordinariamente devastadoras y ayudaron a desacelerar los endebles niveles de repoblación castellanas en las zonas expuestas a dichas incursiones y que, luego, las diferentes acciones militares emprendidas por los magrebíes hasta mediados del siglo XIV pusieron varias veces a prueba la capacidad de reacción bélica de Castilla y el propio arraigo del asentamiento cristiano en la región sudoccidental de la frontera —lo que fue especialmente patente cuando el sultán fecí Abū l-Ḥasan decidió jugarse el todo por el todo frente a Alfonso XI entre 1330 y 1340—, «haciendo un balance general de los hechos, puede decirse que los resultados prácticos de la presencia norteafricana en la Península no fueron más allá de la mera *contención de fronteras*», expone M. A. Manzano Rodríguez<sup>7</sup>.

Esta circunstancia fue consecuencia de la combinación de dos factores simultáneos. El primero fue que Granada consideraba que las plazas y las correspondientes áreas de influencia que cedía a los marroquíes eran meras concesiones transitorias y, por lo tanto, siempre tuvo que maniobrar en aguas difíciles para afirmar o recuperar la soberanía sobre ellas al tiempo que pretendía instrumentalizar en provecho propio la energía militar magrebí, una situación que, a veces, llevó a que ambos estados se

---

<sup>7</sup> *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, Madrid, 1992, pág. 376. La cursiva es original.

enfrentaran directamente. El segundo fue que el entorno del gobierno de Fez tuvo que atender con frecuencia cuestiones diplomáticas y bélicas urgentes en otras áreas de su interés y, salvo en ocasiones contadas, y desde su perspectiva estratégica, la empresa peninsular constituyó normalmente un frente no prioritario. El resultado final de este par de realidades condicionantes en el contexto de la hosca guerra de posición que se llevó a cabo en la región del Estrecho fue que los inquietantes «jinetes de la fe» norteafricanos sólo consiguieron ocupar de verdad una plaza a los cristianos a lo largo de las décadas que lucharon en el extremo sur de Andalucía. En efecto, a pesar de las serias alarmas y los peligros potenciales y efectivos que acompañaban a cada desembarco benimerín, de todas las operaciones de asedio que emprendieron para apoderarse de enclaves castellanos o recobrar una posición importante perdida, la única intentona que dio fruto fue el cerco sobre Gibraltar de 1333. Este ejemplo demuestra una vez más que en los escenarios de las contiendas medievales, y por muy voraces que fuesen las acciones de depredación, era condición imprescindible controlar uno tras otro los puntos fuertes que se erigían en los marcos territoriales discutidos si lo que se buscaba era un auténtico dominio político. Que esta era una condición *sine qua non* es algo que queda perfectamente patente si contemplamos el ambicioso plan estratégico que elaboraron los consejeros de Abū l-Ḥasan en 1340:

«E ouo por su consejo de non correr por las tierras, mas que fuese sobre Tarifa e que la çercase, ca non era lugar que se pudiese defender, e que a los dos dias seria entrada por dos combatimientos que le diessen; e desque estoviesse ganada, que la poblase de moros, e que fuese luego sobre Xerez e que lo tuviesse çercado fasta que lo ganasse, e que no ouiesse voluntad de catiuar christianos, e quantos pudiesen fallar que todos fuesen metidos a espada por tal que los christianos tomasen escarmiento. E desque Xerez fuese ganado, que fuesen asentar sus tiendas sobre Seuilla, donde estaua el rrey don Alonso; lo qual bien pensauan que non ossaria esperalle ay, y que si por ventura ay esperase, que lo ternia çercado alli fasta que lo tomase [momento que, sabiendo cómo era el carácter Alfonso XI, éste presentaría batalla con escasa hueste y que, por lo tanto, perdería]. E si esto acabase [Abū l-çasan], seria rrey e señor d'España, e que non auria rrey ni enperador en la christiandad que le tuviesse lança en canpo por fecho de le dar batalla; e que por esta rrazon sería la ley de los christianos quebrantada e la fe de Mahomad ensalçada, e el seria el mejor rrey que nunca rreyno en Africa, e que seria sancto e par del gran profeta Mahomad.

E este fue el consejo que le dieron los moros al rey Alboaçen de Benamarin su señor; por lo qual, el mañdo traer muchos ingenios e adereçar todas aquellas cosas que eran menester para combatir lugares»<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> *Gran Crónica de Alfonso XI*, ed. por D. Catalán, Madrid, 1977, vol. II, cap. CCLXXXVIII, págs. 332-333. De nuevo en el cap. CCCXV, pág. 394, se comenta bien a las claras esta directriz estratégica. «E que el non era [en la Península] para correr la tierra como almogauar, mas echarse sobre las villas e non se levantar fasta que las ganase por fanbre o por espada; e que el por esta rrazon çercara a Tarifa por

Naturalmente, las directrices estratégicas que empujaban a cristianos y musulmanes a que se concretaran acciones tácticas que tenían como propósito principal conquistar las fortalezas del adversario o mantener a salvo las propias podían ser distintas pero, desde un punto de vista exclusivamente militar, ambos bandos sabían a la perfección que el nudo de la cuestión consistía en quién de los dos era capaz de resistir durante un mayor plazo de tiempo una guerra de posición y desgaste, organizando campañas destinadas a procurar descoyuntar determinados territorios castrales del adversario cuando las circunstancias así lo permitían, unas ofensivas que eran dirigidas contra aquellas áreas que, por motivos de índole geo-política, eran las que de verdad había que disputarse. Un avance sustancial en una de esas comarcas vitales no sólo significaba que algún punto fuerte de primera categoría cambiaba de dueño, sino que, de inmediato, se traducían en un mayor dominio sobre el espacio circundante y abrían la posibilidad, potencial o tangible, de reacondicionar y reutilizar esa nueva posición adquirida como una base para continuar progresando en esa zona debatida que tenía gran valor para el contrario o, en su defecto, entorpecer los movimientos bélicos del rival.

Dejar detrás de una línea de avance un castillo aislado o una villa pequeña no era un contratiempo serio, puesto que su soledad respecto a otros propugnáculos amigos terminaba haciendo que cayera como una fruta madura. Sin embargo, lo que no se podía permitir era que se produjeran dos situaciones que más bien pronto que tarde solían provocar severos quebraderos de cabeza. La primera era que quedara detrás del frente donde se estaba progresando una plaza importante ya que, si esta se mantenía a retaguardia, siempre sería un foco de amenazas, incrustada como había quedado dentro del campo propio. La segunda circunstancia puede decirse que consistía justo en lo contrario; es decir, que durante la ejecución de una campaña que buscaba otros objetivos principales se conquistara un enclave próximo de resultados de una operación complementaria y que luego, tras retirarse las fuerzas, quedara apartado al otro lado de la frontera. Casos paradigmáticos de lo que apunto fueron la toma de Gibraltar en 1309 por parte de Alonso Pérez de Guzmán mientras que Fernando IV dirigía el asedio infructuoso de Algeciras, o la expugnación de Estepona en 1456, escalada durante una de las fructíferas expediciones depredatorias y desestabilizadoras encabezadas por Enrique IV. Aunque ambas posiciones eran puertos de la mar, lo que en algo aliviaba los problemas logísticos para mantenerlas operativas y el socorro correspondiente en el caso de que fueran atacadas, su sostenimiento acarreó tantas dificultades que las dos fortalezas acabaron, la primera, siendo sometida por los benimerines en 1333 tras un sitio tremendo que demostró que, por sí mismos, los auxilios por vía marítima eran bastante inefectivos y que un puesto tan avanzado no podía depender para recibir una columna de ayuda con suficientes efectivos desde lugares tan distantes

---

que la fallo primero, frontera de Algezira; e que la querie tomar, e desde que la conqueresse, que luego yria sobre Xerez, e que la otra çerca seria sobre Seuilla».

como Sevilla y Jerez y, la segunda, aportillada y abandonada en 1460 porque, sencillamente, el caudal de dinero que suponía asegurarla no compensaba.

Estos inconvenientes, que eran connaturales a cualquier contienda determinada por la evidente superioridad de la defensa sobre el ataque, que eran propios de una práctica bélica en la que las fortificaciones ejercían un neto dominio sobre el espacio donde estaban ubicadas pero que, de manera simultánea, eran resultado de la necesidad estratégica y táctica que tenía el contendiente que imponía la iniciativa ofensiva de tener que reñir y ocupar casi a cualquier precio las fortalezas del enemigo si lo que aspiraba era a terminar ganando la partida, se traducían en el *dictum* inevitable de que los progresos en los escenarios bajo porfía solían ser sumamente lentos y pausados y, además, y en algunas oportunidades, estaban sujetos a vaivenes producidos por la conquista y reconquista de reductos. En realidad, y de esta forma se puede comprobar una vez más que la actividad militar en la Edad Media era una cuestión bastante más compleja de lo que han apreciado aquellos autores que no han hecho otra cosa que reducirla al ruido y a la confusión de los choques de guerreros en campo raso, cuando un comandante en los siglos medievales buscaba obtener avances territoriales por la fuerza ejecutiva de las armas debía tener en cuenta, aparte de las limitaciones atacantes que podían engarrotar su capacidad agresiva y que ya he ido pincelando, otro par de circunstancias.

En primer lugar, y salvo que se dieran una serie de condiciones específicas o que por un simple golpe de la suerte se tuviera la oportunidad de ocupar una fortaleza concreta con rapidez y sin demasiados problemas o, también, que una ofensiva de asedios no tuviese como meta apoderarse de una villa grande o de una ciudad sino que tuviera como objetivo principal conquistar enclaves de mediana y pequeña entidad, el programa estratégico de la campaña y su ejecución táctica aconsejaban que la mejor elección era intentar la toma de un rosario de puntos fuertes que, desde la perspectiva de su distribución espacial, ocupasen un área territorial más o menos acotada dentro del sector fronterizo que iba a sufrir la agresión expugnatoria. Además, los líderes militares medievales, que sabían bien que un revés bélico importante podía significar no sólo la detención inmediata de las acciones sino, incluso, la paralización de nuevas fases de guerra abierta durante un período de tiempo indefinido que duraba hasta que, otra vez, se daba una situación idónea y se conseguían los medios económicos, materiales y humanos imprescindibles para volver a pasar al ataque, eran plenamente conscientes de que este tipo de ofensivas destinadas a domeñar tales recintos tampoco debía realizarse de una manera aleatoria, sino siguiendo un plan premeditado y sistemático. Por consiguiente, lo normal era que se pusiera bajo sitio al núcleo que por su tamaño era la cabecera jerárquica de la zona y que mientras se llevaban a cabo las tareas propias de cualquier cerco —bombardeos, labores de zapa y de aproximación a las murallas...—, se distrajesen y desplazasen del grueso de la hueste que integraba el real partidas de gente con la misión de entrar, con poca lucha, propugnáculos próximos más modestos.

Asimismo, la elección de arremeter en primera instancia contra la plaza más notable conllevaba la circunstancia de que, si al final era forzada y conquistada, el resto de las fortificaciones secundarias cercanas y aún no sometidas solían rendirse, tanto como consecuencia de la germinación entre sus defensores de la angustia psicológica denominada *castle-mentality* como por abandono o claudicación negociada.

De hecho, esta conducta estratégica y táctica fue la que desplegó Alfonso XI cuando en 1327 tomó Olvera, lo que implicó la ocupación de las poblaciones vecinas de Torre-Alháquime, Pruna y Ayamonte y, otra vez, cuando este monarca puso en marcha la cruzada contra Teba en 1330, lo que, aparte de la expugnación de la villa, tuvo como resultado directo ganar Priego, Las Cuevas, Cañete y Ortejícar. No son éstos los únicos ejemplos de lo que señalo en las comarcas occidentales de la frontera de Granada. En efecto, cuando en 1407 el infante don Fernando de Trastámara arremetió con abundantes recursos pero con más ánimo que destreza contra el racimo de fortalezas emplazadas en el flanco sudoccidental de las serranías de Ronda y Grazalema y, luego, pasó a empantanarse en el infructuoso asedio de Setenil, tal cosa no impidió que se pudieran entretener algunas fuerzas para que se hicieran con Ayamonte, Las Cuevas, Priego, Audita, Torre-Alháquime y Cañete, sobre todo porque antes se había doblegado la resistencia de Zahara gracias al tiro de las lombardas y la localidad pudo convertirse así en punto intermedio para las estiradas comunicaciones de la hueste castellana. Tres años después, y tras el trabajado triunfo que le otorgaría para la posteridad el sobrenombre de *el de Antequera*, y tras asegurarse la población, fue fácil adueñarse en unos pocos días de Aznalmara, Cauche y Jébar, un trío de castillos que se levantaban en las inmediaciones.

En segundo lugar, y al margen de fallidas intentonas contra reductos que se hallaban en el mismo borde de la linde y que, por su acostumbrada modestia castral y justa guarnición, apenas demandaban sentar un asedio en toda regla sino que podían ser conquistados mediante escalos por sorpresa y cortos asaltos a viva fuerza, los líderes militares del Medievo sabían de sobra que, a pesar de que se hubiera realizado una costosísima inversión para reunir los recursos humanos y materiales que hacían falta para sitiar una plaza grande, moverlos hasta el objetivo y mantenerlos *in situ* durante un período de tiempo indeterminado, tales disposiciones eran requisitos imprescindibles para cercar un enclave pero no tenían por qué garantizar que la operación saliera bien y se pudiera entrar la fortaleza.

Por supuesto, esta contingencia la experimentaron tanto los musulmanes como los castellanos en el frente de guerra. Sin mayores prolijidades, los benimerines fracasaron ante los muros de Jerez en 1285 tras tres meses de agrio asedio e intensa expoliación de las tierras circundantes y, de nuevo, cuando pusieron a prueba los reparos de Vejer en 1291. Sólo tres años más tarde, en 1294, y envuelto en los trágicos acontecimientos de leyenda que acompañaron al episodio y a los que tanto partido supo



sacar luego la casa de Guzmán, los musulimes no fueron capaces de recuperar Tarifa, la primera pieza de verdadera importancia que los cristianos habían conseguido conquistar en el escenario del Estrecho en 1292. En 1316 los granadinos, sin ayuda fecí, fallaron cuando se echaron sobre Gibraltar. Un revés semejante al que tuvieron que soportar frente a Alonso de Guzmán *el Bueno*, lo padecieron en 1340 los norteafricanos y sus aliados andalusíes, momento en el que la situación geo-estratégica de Castilla en la zona había vuelto a ser prácticamente la misma que medio siglo atrás. Aunque Abū l-Ḥasan y Yūsuf I desataron contra Tarifa una auténtica tormenta expugnatoria y se emplearon a fondo con todo lo que tenían en ingeniería de bombardeo, zapa, aproximación y asalto, fue entonces cuando se demostró que décadas de mimo y atenciones en forma de labras castrales y sucesivos privilegios y exenciones que atrajeran a repobladores que ayudaran a consolidar y guarnecer la villa, más una defensa resuelta, se constituyeron en un trinomio de elementos clave para repeler un ataque por parte de instancias muy superiores hasta que, al menos, apareciera en el horizonte una columna de socorro. Fue el caso. Comandada por Alfonso XI y su suegro Alfonso IV, una hueste de auxilio castellana y portuguesa buscó batalla en campo raso como única solución para levantar el bloqueo, produciéndose el choque que se conoce como El Salado y que, como es de sobra sabido, fue una vibrante victoria para las armas de Castilla y Portugal. Ya en 1410, y tan sólo por comentar un episodio de categoría menor pero, a cambio, bien significativo de que, a esas alturas, la eficiencia de los medios bélicos con los que podía contar una Granada huérfana de cualquier ayuda seria extrapeninsular eran muy limitados, los moros consiguieron rebasar bruscamente la cerca urbana de Zahara y hacerse dueños del caserío, pero fueron rechazados cuando quisieron escalar el pequeño castillo emplazado en el ángulo más empino del recinto. A pesar de que realizaron enormes destrozos en la población y se llevaron cautivos a buena parte de sus habitantes, los granadinos no tuvieron otra alternativa que retirarse sin apoderarse de la fortificación pretendida<sup>9</sup>. Pero si me estoy entreteniendo algo más en el abortado escalo de Zahara no es sólo porque es un ejemplo excelente de que no siempre una arremetida contra una fortaleza tenía que saldarse con su sometimiento

<sup>9</sup> La crónica de Alvar García de Santa María carece del episodio de este asalto granadino sobre Zahara. En consecuencia, el mejor desarrollo de los acontecimientos lo brinda Fernán PÉREZ DE GUZMÁN: *Crónica de Juan II*, ed. C. Rosell, «Biblioteca de Autores Españoles», t. LXVIII, Madrid, 1953, año 1410, cap. I, págs. 315-316. Este autor estima que una veintena de hombres pudieron hacerse fuertes en el castillo una vez que la villa había sido entrada y que los musulmanes, temiendo que llegara una columna de socorro, abandonaron el combate, pasaron a cuchillo al centenar de varones que tenían prisioneros, robaron las casas, quemaron las puertas de la cerca y se retiraron con una cuerda de cautivos de aproximadamente sesenta mujeres y más de un centenar de niños. Lo cierto es que el lance tuvo que ser durísimo, como también se desprende de las obras de reparo y adobo que, a continuación, tuvieron que emprenderse en las defensas de la localidad, labores que se recogen en las cuentas publicadas por VILAPLANA MONTES, M. A.: «Un ajuste de cuentas del alcahalero mayor de Sevilla Pedro Ortiz (1420)», en *Historia. Instituciones. Documentos.*, I, 1974, págs. 475-476.

sino, en especial, porque me sirve para traer a colación un extraordinario pasaje en el que queda completamente demostrado la neta ventaja que poseía en esos días un defensor parapetado tras unos paramentos para resistir con perspectivas de éxito a un atacante superior. El texto al que me refiero se halla inserto en un pleito de fines del siglo XV que tiene una fecunda información acerca de lo que era la vida cotidiana de una villa de vanguardia en la frontera. En dicho documento, el veinticuatro de Sevilla Pedro de Esquivel declaraba:

«(...) es notorio en Sevilla y en Zahara que en tiempo del rey don Juan, seyendo alcaide Alonso Fernádes de Melgarejo, e aviendo dexado allí su alcaide, avía salido fuera, vino toda la Casa de Granada sobre la dicha villa y la escalaron y entraron y, tomada, fueron a combatir la fortaleza, i IIII o V ombres que estaban en ella y una hija del dicho Alfón Hernández sufrieron el conbate que les fue dado, en el qual murieron los ombres que con ella estaban, y ella fue herida de una saetada por la teta y, ansi herida, defendió la dicha fortaleza IIII días fasta que fue socorrida»<sup>10</sup>.

Por su parte, desde que Muḥammad II no tuviese otra salida para compensar la erosiva política de Alfonso X que optar por el recurso estratégico de la «solución nor-reafricana», tal como la ha denominado Francisco García Fitz<sup>11</sup> y, *grosso modo*, se sufrieran los efectos devastadores de las grandes expediciones de depredación emprendidas contra las regiones del sur de la Península por Abū Yūsuf desde las plazas que el granadino cedió a los benimerines, la respuesta geo-estratégica por la que tuvo que inclinarse Castilla en ese escenario bélico primordial estuvo clara desde el principio: impedir por todos los medios a su alcance que los marroquíes contaran con lugares de desembarco en la costa peninsular del Estrecho, en cualquier caso, intentar entorpecer o bloquear las salidas naturales que comunicaban tales localidades musulmanas con las comarcas que estaban en manos cristianas. Ello significaba seguir cuatro pautas fundamentales. Tres ya las he sintetizado en otro trabajo:

«En primer lugar, y cada vez que la cosa fuese factible, romper la solidaridad que unía intermitentemente a Granada y Fez, para así poder combatir sola y por separado con uno de los dos adversarios musulmanes o, incluso, llegar a pactos y treguas ventajosas con uno de ellos. En segundo lugar, aprovechar las fases de crisis internas por las que pasaba el *mazjan* o su dedicación prioritaria al frente oriental magrebí para de esa manera pasar a la ofensiva y sacar todo el provecho militar posible, mientras que, de acuerdo con una línea de actuación que hundía sus raíces tiempo atrás, aplicar unas directrices de neta intromisión en los asuntos intestinos del emirato *naṣrī* cuando éste pasaba por algunos problemas en la cúpula de su gobierno. En tercer lugar, buscar alianzas

<sup>10</sup> Archivo Histórico Nacional, secc. Osuna, leg. 212, «Relación de la Provança del Mariscal Gonzalo de Saavedra en el Pleito que trata con el Duque de Arcos Don Rodrigo Ponçe de León», pregunta XVIII, testigo XXVII.

<sup>11</sup> «Estrategias internacionales en el contexto de sociedades de fronteras. La amenaza africana en las relaciones castellano-andaluzés, siglos XI al XIII», en *II Estudios de frontera. Actividad y vida en la frontera*, ed. F. Toro Ceballos y J. Rodríguez Molina, Jaén, 1998, págs. 279-292.

con otras potencias marítimas que colaborasen en lo que podría rotularse como 'defensa temprana', es decir, pretender evitar que los norteafricanos siquiera pudiesen cruzar masivamente 'aquende la mar', persiguiendo con afán el máximo control naval de las aguas que separaban las dos orillas del Estrecho»<sup>12</sup>.

No obstante, como por razones muy diversas tales medidas demostraron tantas veces no ser demasiados eficaces, los castellanos se vieron en la obligación de emprender periódicamente, y siempre que las circunstancias así se lo permitieron, una lenta guerra de desgaste, agotamiento y posición que tenía como finalidad última la conquista o, en su defecto, la mayor neutralización posible de los puntos fuertes que los norteafricanos empleaban como principales bases de operaciones, para lo que también fue necesario, respecto a los asedios de Tarifa, Gibraltar y Algeciras, el apoyo de flotas propias y foráneas; aparte, desde luego, de tener que sostener operativos esos enclaves una vez que se conseguía forzarlos, defenderlos con ahínco cuando los musulmanes pretendían recuperarlos y reñir a conciencia en las acciones de tomas y retomas de reductos en áreas fronterizas próximas.

Ahora bien, si la guerra y sus manifestaciones responden al latido del sistema socio-económico que la alienta, la impulsa y la sostiene, el principal problema inicial con el que se encontró Castilla en el teatro de operaciones del Estrecho fue que las tierras aledañas a ese escenario que estaban bajo su dominio también se vieron duramente afectadas por lo que en tantas ocasiones se ha denominado como el «fracaso» de la repoblación andaluza que, en los años anteriores, había dirigido la autoridad monárquica, una repoblación que debido a una serie de contradicciones intestinas terminó por quebrar «las expectativas de independencia económica y social que habían estimulado la inmigración campesina en la primera etapa» y, por lo tanto, «frenó el movimiento inmigratorio e incluso posiblemente llegó a invertir el sentido de la migración con el retorno de antiguos repobladores a sus lugares de origen», en palabras del profesor José María Mínguez<sup>13</sup>. A esta grave causa interna que determinó el asentamiento estable de contingentes humanos y que, lógicamente, hizo que hubiera menos hombres según se producía un progresivo alejamiento de los centros urbanos receptores de los repartimientos regios, se sumó un agente externo que vino a agudizar esa grave situación de despueblo en las comarcas vecinas al reino de Granada. Me refiero, desde luego, a las campañas de depredación emprendidas por los benimerines que, precisamente, se vieron sustancialmente favorecidas y consiguieron alcanzar un mayor éxito debido a la alta tasa de desocupación doméstica y de desarticulación del espacio que había en las áreas que tuvieron que soportar sus ataques. De esta manera, y de acuerdo con una especie de proceso que podría denominarse de «círculo vicioso» poblacional,

<sup>12</sup> ROJAS, M.: «De la estrategia...», *art. cit.*, pág. 238.

<sup>13</sup> *Las sociedades feudales. 1. Antecedentes, formación y expansión (siglos VI al XIII)*, Madrid, 1994, pág. 411.

las tierras más cercanas a la frontera que se estaba gestando y que comenzaba a estar bajo un estado de conflicto semipermanente<sup>14</sup>, aún se hicieron menos atractivas para unas gentes que, si se instalaban en ellas, se encontraban con la obligación ineludible de vivir bajo la amenaza constante que significaba la adusta presencia del musulme.

Desde una perspectiva militar, la adición de los factores mencionados dictaminó la estrategia que tuvo que seguir Castilla, ya que ésta prácticamente partía de cero con respecto al dominio efectivo de las comarcas que, invariablemente, se convirtieron en las áreas que tuvo que disputar con los musulmanes cuando comenzó la «Batalla del Estrecho». Esta situación inicial significaba que el frente de guerra castellano carecía de una profundidad consistente para entumecer, dentro de lo posible, las acciones agresivas del enemigo, mientras que, al mismo tiempo, estaba falto de posiciones sólidas para gestar desde ellas operaciones de corte ofensivo de gran estilo, porque lo que tenían los cristianos en la vanguardia de la región del Guadalete era un puñado de pequeños lugares fortificados que estaban a un paso de evaporarse como núcleos de habitación. Estas circunstancias, a todas luces adversas para arriesgarse a acometer campañas ofensivas con buenos resultados ante la virulencia que demostraron tener los nuevos rivales benimerines sobre todo, indujo a que los castellanos, después de intentar acabar de un único zarpazo con el problema cuando Alfonso X pretendió apoderarse infructuosamente de Algeciras en 1279, iniciaran una doble orientación estratégica. En primer lugar, se llevó a cabo una política sistemática de repoblación y consolidación de los enclaves que ya poseían en esa zona de la linde a fin de dar hondura y densidad a su transpaís fronterizo<sup>15</sup>. En segundo lugar, y de modo simultáneo, Castilla no tuvo más remedio que enfrascarse en la ya mencionada riña destinada a ocupar las plazas musulmanas que, por su condición de puertos de arribada y de bases transfretanas, eran las más peligrosas para sus intereses.

De esta forma, y en función de las diversas coyunturas políticas y económicas que se fueron presentando y, también, de los propios recursos con los que podía contar en un momento dado, Castilla tuvo que ir desplegando una lenta pero incesante estrategia ofensiva que, ineluctablemente, tuvo que pasar por la combinación simultánea de tres líneas de actuación. Primero, robustecer, vertebrar y afirmar sus posiciones en las zonas que estaban algo más a retaguardia del frente de avance. Segundo, conquistar gradualmente los enclaves musulmanes que se hallaban en el escenario operativo. Tercero, consolidar esos núcleos fuertes según se iban adquiriendo mediante

---

<sup>14</sup> M. GARCÍA FERNÁNDEZ: «La conquista de Sevilla y el nacimiento de una frontera» en *Sevilla 1248. Congreso Internacional Conmemorativo del 750 Aniversario de la Conquista de la Ciudad de Sevilla por Fernando III, Rey de Castilla y León*, coord. M. González Jiménez, Madrid, 2000, págs. 221-227.

<sup>15</sup> Véase, M. A. LADERO QUESADA y M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ: «La población en la frontera de Gibraltar y el repartimiento de Vejer (siglos XIII y XIV)», en *Historia. Instituciones. Documentos*, 4, 1977, págs. 205 y ss.

cartas-pueblas y privilegios que estimularan la venida de pobladores que, en caso de necesidad, se convirtieran con facilidad en gente de pelea. No obstante, y al igual que le sucedió a Granada y a Fez, en esos decenios apretados de episodios militares de toda índole y magnitud, los castellanos no siempre pudieron obtener los objetivos castrales que se propusieron expugnar mediante asedios directos y, en ocasiones, tuvieron que resignarse a soportar fracasos y reveses importantes pero que, por supuesto, eran totalmente connaturales a cualquier guerra de posiciones duradera.

Una vez que concluyó la «Batalla del Estrecho», la época de los grandes asedios prácticamente tocó a su fin. Es cierto que hubo breves y nerviosas campañas en tiempos de Pedro I, un reinado convulso que fue aprovechado por Granada para alcanzar «unos días de gloria y la posibilidad de erguirse como auténtico ángel de la cólera frente a una Andalucía cristiana atemorizada y dividida», según expresiva frase de José Enrique López de Coca<sup>16</sup>. Sin embargo, la llegada al trono de la dinastía Trastámara y la consiguiente atención urgente a otros frentes y, a su vez, el hecho de que el emirato, sin la asistencia y protección del paraguas bélico y político de Marruecos, viese notablemente enflaquecida su capacidad militar para emprender por sí mismo acciones ofensivas grandes, provocó que no quedase demasiado margen para intensas y costosas campañas expugnatorias y, por consiguiente, ocasionó la estabilización de la franja fronteriza durante el resto del siglo XIV, renovándose, casi de modo automático, los tratados de treguas entre ambos reinos.

En buena medida, también a lo largo del siglo XV hubo escasos sitios gruesos, destacando los que se efectuaron durante las dos ofensivas expugnatorias dirigidas por el regente don Fernando contra los distritos occidentales de la linde en 1407 y 1410. Ambas se constituyen en ejemplos casi paradigmáticos de aprendizaje por veteranía, de la aplicación práctica de conocimientos tácticos en el campo de la guerra por experiencias operativas anteriores, en este caso la introducción y empleo de grandes bocas de fuego en los trenes de asedio. Durante la primera campaña, la subestimación de la capacidad de resistencia del enemigo, las múltiples deficiencias logísticas y, en particular, la falta de un adecuado manejo funcional de los importantes recursos pirobalísticos desplegados por los castellanos tuvo como consecuencia el estrepitoso fracaso ante los muros de Setenil, una plaza pequeña pero con una guarnición resuelta y que frustró los ambiciosos planes iniciales que el infante tenía en mente para labrarse un formidable prestigio de guerrero entre el estamento nobiliario que quería mantener afecto o atraer a su postura<sup>17</sup>. En realidad, y salvo en contadas ocasiones, a lo largo

<sup>16</sup> «El reino de Granada, 1354-1501», en *Andalucía del Medievo a la Modernidad (1350-1504)*, vol. III de «Historia de Andalucía», Barcelona, 1980, pág. 323.

<sup>17</sup> Véase, M. ROJAS: «Nuevas técnicas, ¿viejas ideas? Revolución Militar, pirobalística y operaciones de expugnación castral castellanas en las guerras contra Granada (c. 1325-c. 1410)» en *Meridies*, IV, 1997, págs. 31-56.

de esta centuria y hasta la definitiva Guerra de Granada, las acciones de tomas de reductos en la raya musulme recayeron sobre los hombros de los concejos y, en especial, de una nobleza que, progresivamente, fue dominando las tierras que bordeaban la frontera gracias a la entrega y adquisición de señoríos. Como resulta lógico, si los miembros del estamento aristocrático fueron los elementos más activos a la hora de bregar en los escalos por sorpresa, en los asaltos a viva fuerza y en los furiosos asedios contra los reductos musulmes —lo que les brindó alguna que otra buena pieza por «derecho de conquista», como fueron los casos de Castellar, Archidona, Gibraltar o Cardela—, tal cosa suponía que ellos también contabilizaron golpes adversos cuando pretendieron forzar enclaves granadinos. Quizás el más sonado de todos, pero no el único, fue el tosco ataque contra Gibraltar realizado por don Enrique de Guzmán en 1436 y que, a pesar de las intenciones exaltadoras de los cronistas de la Casa o de autores adictos como Juan de Mena, no se pudo ocultar que fue un acción desastrosa que, en dudosas circunstancias, le costó la vida al pariente mayor de Niebla, el linaje más importante de la baja Andalucía.

En fondo y forma, el planteamiento estratégico castellano frente a la cuestión granadina entre 1410 y 1481 consistió, más que en una serie sistemática de operaciones de asedio contra grandes plazas y la búsqueda de sensibles avances territoriales, en un paulatino agotamiento material y psicológico del reino nazarí. Este método de desgaste se manifestó en la puesta en marcha de fases de rupturas de hostilidades casi por entero dedicadas a incursiones profundas en campo musulme con fines de tala y depredación, la firma y prórroga de tratados de tregua que mantuvieran activos los vínculos feudo-vasalláticos que sometían al emirato a Castilla, lo que se traducía en la entrega de onerosas parias y lotes de cautivos que empobrecían aún más las ya de por sí humildes rentas del país islámico, y la intromisión en sus asuntos internos cada vez que eso era posible, bien a través de apoyos logísticos y militares a pretendientes al trono de La Alhambra, bien favoreciendo a alguna de las facciones aristocráticas que luchaban, abierta o soterradamente, por el control de los órganos de gobierno del estado musulmán, una fórmula ésta relativamente barata y eficaz de debilitar y desarticular la estructuras político-institucionales de Granada. A cambio, y pese a su patente superioridad en todos los órdenes, la práctica ausencia de una genuina presión bélica constante y llevada hasta las últimas consecuencias por parte de Castilla en esos decenios, ya que también se hallaba menoscabada por graves problemas intestinos, hizo que ambos adversarios terminaran jugando con los reductos fuertes que moteaban la franja fronteriza común a una especie de persistente *quid pro quo* en el que, en ocasiones, las cosas iban mejor para los cristianos y, en otras, para los andalusíes, aunque el tímido balance final en lo que respecta a esta guerra de posiciones se inclinaba del lado de Castilla en el momento en el que estalló la contienda final a principios de 1482, circunstancia que no podía ser de otra manera debido a sus mayores recursos.

IV. En todo caso, y respecto a la relación entre factores estratégicos y guerra de posición no me gustaría dejar en el tintero un asunto que me parece importante. Me refiero a la cuestión de cómo en la Edad Media se trataba de resolver el problema de que en el mismo seno de un marco bélico determinado hubiera incrustada una poderosa plaza rival. Un núcleo urbano que, por lo tanto, cumplía un papel militar relevante a causa de su rango-tamaño y su categoría jerárquica de lugar central del entorno espacial donde estaba situado pero que, no obstante, era muy complicado asediar con los medios expugnatorios que se poseían entonces o, en cualquier caso, cercar por bloqueo porque la villa o ciudad presentaba eficientes dispositivos castrales, tenía un excelente emplazamiento que ayudaba considerablemente a su defensa y podía ser reforzada y socorrida con presteza desde enclaves amigos próximos mientras que, por contra, el agresor no contaba con puntos fuertes inmediatos que tuvieran la entidad suficiente para actuar como bases logísticas que apuntalaran las labores de sitio y, por consiguiente, no tuviera otra opción que estirar mucho sus líneas de comunicaciones.

Dentro del ámbito territorial que aquí examino y entre las fechas que encuadran este ensayo, Ronda constituyó un ejemplo modélico de lo que indico; una plaza que, con algunas interrupciones, se mantuvo bajo poder magrebí hasta los tiempos del reinado de Muḥammad V y que, mientras los benimerines tuvieron suficiente energía para entregarse a la «cuestión andalusí», fue la localidad más importante que tuvo el *mazjan* en las comarcas interiores del flanco occidental de la franja que formaban parte de su área de influencia debido a su privilegiada ubicación y a su categoría urbana. Sin embargo, y desde un primer momento, los castellanos descartaron Ronda como un objetivo factible para ser atacado de manera directa, y eso a pesar de que cumplía *ad hoc* la función de base de partida para correr e intimidar a las poblaciones cristianas de la franja sevillano-xericiense. Dos razones se combinaron para que, mientras duró la «Batalla del Estrecho», Castilla ni siquiera se planteara conquistar la ciudad musulme.

El primer motivo fue puramente táctico. Con su excepcional emplazamiento en altura sobre una altiplanicie que dominaba los contornos, a lo que se sumaba sus firmes cualidades castrales y la abundancia de reductos musulmanes afines, era francamente difícil emprender una operación de carácter expugnatorio contra Ronda con el arte tormentaria y las técnicas de asedio con las que se podía contar en esos momentos; unas circunstancias a las que había que añadir otros graves inconvenientes para montar un cerco bien ceñido que tuviera probabilidades de éxito. Estas contrariedades iban desde las dificultades que comportaba acarrear, mediante tracción de sangre y por rutas de relieve muy quebrado, los ingenios desarmados y la enorme diversidad de pertrechos necesarios para montar y sostener un sitio apretado hasta las limitaciones de carácter logístico que significaban, una vez establecido el real, mantener abiertas y sin interferencias unas tensas y largas líneas de abastecimiento que, obviamente, debían seguir accidentadas vías terrestres hasta Jerez o Sevilla y que, por lo tanto, podían ser

presa asequible ante cualquier tipo de acciones de hostigamiento por parte musulmana, hasta el punto de que cabía que se diera la situación hipotética, pero que seguro tuvieron en cuenta los mandos militares castellanos para no aspirar a tomar la urbe, de que los sitiadores pudieran quedarse aislados ante las murallas rondeñas si se cortaban o interferían sus mecanismos de transferencia bélica desde las bases de apoyo que estaban en la retaguardia.

La segunda causa era de talante netamente estratégico. Si se parte de la situación utópica de que desplegando un enorme esfuerzo se hubieran conseguido superar todos y cada uno de los inconvenientes tácticos que entrañaba echarse sobre Ronda, se hubiese terminado por poner la plaza bajo asedio y ésta hubiera pasado a estar bajo control castellano, produciéndose así un importante avance territorial en esa área de la frontera occidental, tal cosa no habría resuelto el problema principal que tenía que resolver Castilla en los intensos decenios que dictaminaron el desenlace de la «Batalla del Estrecho». En efecto, además de que dicha operación hubiese supuesto un vasto consumo de recursos con vistas a forzar una posición tan grande y con tan óptimos reparos para la defensa, la cuestión prioritaria que tenía que remediar Castilla en estos años era, y ello siempre hay que tenerlo muy presente, la arrítmica cesión por parte de Granada a Fez de puertos de desembarco en el cono sur de la Península, su consiguiente explotación como bases militares por parte de Marruecos, el trasvase de contingentes armados desde el norte de África cuando los sultanes fecís se hallaban en condiciones para romper las hostilidades y el subsiguiente riesgo de que, inmediatamente, se iniciaran acciones ofensivas musulmanas contra las regiones del valle del Guadalquivir y del entorno del Guadalete.

De esta manera, y por una clara comprensión y aplicación de los medios de los que se podía disponer a una serie de finalidades buscadas, la adición de los factores que comento explican por qué los líderes militares castellanos nunca se propusieron tomar Ronda ni tampoco se embarcaron en estériles campañas que, evitando el contundente obstáculo castral rondeño, les hiciera desembocar en el litoral malagueño del emirato y coger por la retaguardia, a guisa de un movimiento envolvente o de pinza que, de forma más o menos coordinada con efectivos que partiesen desde las posiciones cristianas a poniente del Estrecho, permitiese crear una especie de bolsa en cuyo interior quedaran incomunicadas por tierra las plazas cuyo dominio estaba de verdad en juego y que, indispensablemente, eran las que había que conquistar. La razón era que sabían de antemano que no podrían atravesar esa genuina frontera ecológica que son las agrestes y masivas serranías subbéticas, compuestas de agudas pendientes y desniveles en distancias muy cortas, así como de valles profundos y angostos: una auténtica pesadilla para maniobrar con una hueste numerosa y un fardaje abundante.

Con todo, y a pesar de que la conquista de Ronda no fue nunca ni una operación prioritaria para las armas cristianas ni, en realidad, se tenía la posibilidad factible



de emprender un sitio que abriera la oportunidad de apoderarse de ella, tampoco cabe ninguna duda de que los castellanos siempre consideraron que la ciudad representaba una amenaza constante para las poblaciones andaluzas próximas; una situación que no cambió incluso después de que Castilla terminara por hacerse con el control de la costa norte del Estrecho, se cerraran las puertas para que los benimerines tuvieran la oportunidad de meter en la plaza gentes de pelea en cantidades apreciables y Ronda pasara definitivamente al dominio exclusivo de Granada en 1361. Así la situación, lo que hicieron los comandantes castellanos fue buscar una solución practicable para, al menos, moderar la intensidad que implicaba ese riesgo permanente. Lo que realizaron fue desplegar una estrategia operativa destinada a conquistar los reductos musulimes que se levantaban en las comarcas intermedias entre Ronda, la Banda Morisca y las campiñas de Jerez con vistas a matar dos pájaros de un tiro. Primero, tratar de entorpecer los accesos que seguían los moros para desembocar con rapidez en los campos sevillanos y jerezanos. Segundo, y una vez que tales propugnáculos estuvieran bajo su poder, reconvertirlos en fortificaciones adelantadas desde las que presionar y hostigar los macizos serranos de Ronda y Grazalema. Por consiguiente, y durante el período en el que se estuvo luchando por sojuzgar Algeciras, Tarifa y Gibraltar, también se ejecutaron una serie de campañas expugnatorias que lograron que Castilla se apoderara de las fortalezas de El Tempul, Olvera, Torre-Alháquime, Ayamonte, Pruna, Teba, Priego, Cañete la Real, Las Cuevas, Ortejícar y se recuperase Matrera, y hasta se pretendió entrar «a furto» Antequera, integrando en su conjunto ese rosario de puntos fuertes un arco castral que dejó a Ronda, en bella frase de Ibn al-Jaṭīb, «cogido el fleco de la túnica».

Es verdad que la mayoría de estos enclaves volvieron a perderse en los años confusos que se vivieron en la frontera tras la muerte de Alfonso XI, pero las villas y castillos más valiosos permanecieron del lado castellano y cumplieron un papel notable cuando, ya a comienzos del siglo XV, el infante don Fernando de Trastámara, tras más de medio siglo de ausencia de auténticas operaciones grandes, volvió a la linde con voluminosos trenes de sitio en 1407 y 1410. De hecho, la auténtica pretensión del regente durante la primera de esas dos campañas fue la conquista de Ronda, una acción que fue desestimada por consejo de sus capitanes y que, según relata los acontecimientos el cronista Alvar García de Santa María, se erige en toda una lección de cómo en esos días se elaboraban estrategias operativas teniendo en cuenta aquellos factores tácticos que podían incidir para que una maniobra ofensiva culminara con buenas perspectivas de éxito. Efectivamente, mientras que su estado mayor advertía al infante «que les parecía que se deúan yr por Setenil, e echarse sobre él, que en pocos días le tomarían, e tomarían otrosí los castillos que son en esta fazera contra Teba. Porque eso desenbargado, quando a otro año, al verano viniesen, pudiesen entrar las viandas fasta Ronda», don Fernando, motivado tras la pronta ocupación de Zahara en menos de una semana, les contestó que «le paresçía que devían de yr a Ronda, e echarse sobre

ella; e que por las aldeas ante dél avría qué comer el real algunos días, e talarían las viñas e huertas, e quemarían las aldeas. E do trauajo e costa se avía de fazer, sería mejor sobre vna tal çiudad que no sobre vna villa pequeña». La respuesta unánime que le dieron sus consejeros, muchos de ellos viejos veteranos en lances fronterizos y buenos conocedores del terreno que pisaban, no pudo ser más sensata y prudente desde el punto de vista de la adecuación de unos medios bélicos determinados a la consecución de unos objetivos factibles:

«Señor, si vos ydes a Ronda, quedan acá por ganar Ayamonte, e la Torre del Alaquín, e Setenil, e otros castillos, que serían gran embargo a la recua que oviese de entrar; quanto más que son lugares que se pueden bien ganar. E si vos fuédeses a Ronda, Ronda es muy fuerte, e está muy bien bastecida de muchos, que la defenderán, e de viandas; e el ynbierno viene, e el real no será tan bien bastecido, segund el tiempo, e con venir a él las viandas a reçelo no podría ser bien bastecido. E pues echaruos sobre ella para vos leuantar della será muy gran vergüença. Por ende, señor, a nos paresçe que para este ynbierno asaz es que ganedes estos castillos, los que dellos pudiédes tomar, e que salgades por Teua a vuestra tierra»<sup>18</sup>.

Por consiguiente, y a pesar de que el regente siguió rumiando la posibilidad de atacar Ronda e, incluso, mandó realizar alguna descubierta para tentar sus defensas y la capacidad de respuesta que tenía la gente que la guarnicionaba, lo que don Fernando hizo a continuación fue, en buena medida, repetir lo que ya había realizado Alfonso XI décadas atrás: tomar las villas menores y los castillos que los musulmanes tenían en ese área de la franja. Estos enclaves, a los que se sumaban Pruna, Zahara y el Peñón de Audita, previamente entrados, erradicaron los continuos asaltos que los moros habían venido emprendiendo desde tales reductos sobre los campos de Morón y Utrera principalmente<sup>19</sup>, pasando a cumplir misiones de custodia del entorno donde estaban situados contra el nido de almogavarias que era el interior del macizo de Grazalema y, desde luego, trocándose en puntos desde los que perpetrar correrías contra las fragosidades de la serranía muslime. Así, y aunque como ya he señalado páginas atrás, el infante fracasó ante Setenil, la conquista de Antequera en 1410 terminó, en la práctica, por bloquear las salidas naturales que poseían los rondeños para algarear a conciencia los términos de las poblaciones andaluzas de la linde sevillano-xericiense y, pese a que frenar ágiles entradas granadinas efectuadas desde el otro lado de la raya y, en especial, el merodeo de partidas de almogávares era una tarea bien difícil y, de hecho, tanto la documentación de archivo como la cronística están llenas de ejemplo al respecto, lo

---

<sup>18</sup> *Ob. cit.*, cap. 58, pág. 142.

<sup>19</sup> Según las Actas Capitulares que se conservan, la mayoría de las entradas realizadas por almogávares musulmanes sobre los términos de Morón antes de 1407 procedían de Pruna y Zahara o, al menos, los rastros terminaban en esas villas; M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ: «Morón, una villa de frontera (1402-1427)», en *IV Coloquio de Historia Medieval Andaluza. Relaciones Exteriores del Reino de Granada*, Almería, 1988, págs. 55-70.

cierto fue que, salvo en casos muy concretos, los perfiles de este sector de la frontera se conservaron bastante estables hasta que se inició la Guerra de Granada<sup>20</sup>.

V. A lo largo de estas páginas, y tomando como ejemplo concreto la frontera occidental castellano-granadina, he tratado de demostrar que en la Edad Media no se planeaban estrategias, ya fueran éstas globales u operativas, ni se emprendían acciones tácticas sin ningún sentido. Como los mandos militares de todas las épocas, y en función del contexto social que les tocó vivir, los comandantes medievales buscaban alcanzar sus objetivos combinando maniobras de carácter político-diplomático, recursos castrenses, la tecnología del momento y gestionando los instrumentos económicos, institucionales e ideológicos que había. De acuerdo con estos elementos, no solían forzar las cosas trazando y llevando a la práctica operaciones que sabían, a la perfección, que eran inviables o no les llevaban a parte alguna. Si en determinadas ocasiones depositaron su destino bélico en manos de la fortuna o del azar, si se dejaron tentar por la motivación por el logro, si les alentó la minusvaloración del enemigo o no midieron los riesgos, si sencillamente fueron unos generales incompetentes —y la Historia entera ha sido testigo de su sobreabundancia—, entonces solió suceder lo que siempre ha ocurrido cuando tales factores han dictado los caminos de la guerra: el naufragio de las consiguientes campañas que se llevaron a cabo.

<sup>20</sup> A pesar de que el texto es un poco largo, creo que vale la pena reproducir el debate que se mantuvo en Córdoba antes de la campaña de 1410 acerca de cuál era el mejor objetivo sobre el que echarse y los motivos que favorecieron la elección de Antequera; Fernán PÉREZ DE GUZMÁN: *Ob. cit.*, año 1410, cap. II, pág. 316:

«(...) el Infante les dixo: “Yo vos embié llamar por vos hacer saber como yo quiero entrar en tierra de Moros por continuar esta guerra que el Rey mi Señor y mi hermano dexó comenzada; é pues que aquí estais algunos del Consejo del Rey é otros Caballeros que mucho habeis visto en hecho de guerra, quiero saber de vos que vos parece que debo hacer. E lo primero que vos pregunto es, si vos parece que es tiempo de entrar, porque ya son andados veinte dias del mes de Abril; é lo segundo, á qual parte debo entrar porque mas daño resciban los Moros; lo tercero, si vos parece que debo poner cerco sobre alguna villa ó lugar, ó si debo andar por la tierra talando é haciendo daño, esperando batalla si el Rey de Granada la querrá dar”. Sobre lo qual todos estos Caballeros se juntaron é hablaron mucho en ello; é todos de un acuerdo dixerón, á lo primero, que aun les parecia que no era tiempo para entrar, por quanto entonce hacia muchas aguas, é aun no habia yerba en los campos para las bestias, é aun porque no le era llegada tanta gente quanta cumplia para entrar poderosamente en tierra de Moros; é á lo segundo que decia por donde debia entrar, eran muchas opiniones: unos decian que debia entrar á Baza, é poner sitio sobre ella que era llana, é creian que prestamente la podia tomar; é otros decian que debia ir á Gibraltar, pues que tenia flota é la mandaba de nuevo mucho acrecentar, é la podia cercar por la mar é por la tierra; otros decian que debia cercar á Antequera, que estaba muy cerca y era muy buena villa, é si el Rey de Granada viniere á la descercar, él podria prestamente haber á su servicio toda la gente del Andalucía. E vistas las razones que los unos y los otros decian, el Infante determinó de luego entrar é ir poner sitio sobre Antequera, lo uno, porque estaba cerca, é porque los pertrechos que llevaba podian ligeramente ser allí llevados, lo qual no podia tan presto hacerse para ir a Baza; é lo otro, porque queria más comer la tierra de los Moros que no la del Rey su señor é su sobrino; para lo qual el Infante daba muchas razones por que no debia ir á Gibraltar ni á Baza, é que era mucho mejor ir á Antequera».

Los errores, los grandes errores bélicos de los comandantes que diseñaban las estrategias, mandaban las huestes y dirigían las fuerzas durante los combates, no fueron exclusivos de la Edad Media<sup>21</sup>, tal como se sigue reiterando todavía por parte de una auténtica pléyade de historiadores militares y, *alas*, de muchos medievalistas entre los que se encuentran, por desgracia, especialistas de reconocido prestigio y renombre. Como es lógico pensar y más fácil demostrar, estas han sido circunstancias que no sólo se produjeron en esos siglos, pues forman parte de la propia idiosincracia de los conflictos a través de los tiempos. Así, y como tuvieron la oportunidad de poner de manifiesto en tantas y variadas ocasiones, los líderes medievales intentaron normalmente eludir cualquier sombra de desatino y despropósito cuando proyectaban cuáles podían ser la directrices estratégicas más adecuadas y cómo debían ser los subsiguientes movimientos tácticos, calculando de modo minucioso los pros y los contras. Que en más de una ocasión, y a pesar de los cuidados previos que se tenían para que una operación llegara a buen puerto y del celo puesto durante su desarrollo, esta terminaba por no alcanzar las metas previstas o hasta podía concluir en un severo revés, ese infortunio no debe interpretarse sólo como una muestra de ineficacia o ineptitud, sino como una evidencia palpable de que el adversario también jugaba sus cartas y sabía sacar provecho adecuado de sus mecanismos bélicos y, por lo tanto, ganaba la partida porque había manejado con más eficiencia sus capacidades y opciones castrenses.

---

<sup>21</sup> Por ejemplo, N. F. DIXON: *Ob. cit.*, pág. 47 y ss., y G. REGAN: *Historia de la incompetencia militar*, Barcelona, 1989.